Domingo 18 de julio de 1993

PRIMER PLANO ///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LITERATURA PARA CHICOS, MERCADO GRANDE

PARA LEERTE MEJOR

- ✓ Entrevista a Ziraldo, autor de best-sellers infantiles (págs. 2/3)
- ✓ El mundo del libro para niños según escritores y editores (págs. 4/5)



8 **Preciosas cautivas,** por Claudia Gilman y Graciela Montaldo

Cuando comenzó su carrera como historietista la profesión no existía aún en su país: las tiras venían de Estados Unidos. Pero Ziraldo insistió hasta convertirse en el más grande dibujante político e infantil de Brasil. Fundador de "O Pasquim" y autor de best-sellers para niños como "El pibe piola", "El pequeño planeta perdido" o la serie de los Gusanitos, Ziraldo acaba de publicar en Emecé "El chico de la historieta", libro sobre el que habla en esta entrevista realizada para Primer Plano por el periodista y escritor Eric Nepomuceno, en Río de Janeiro.









ENTREVISTA A ZIRALDO, HUMORISTA Y AUTOR DE BEST-SELLERS PARA NIÑOS

EL SEÑOR

ERIC NEPOMUCENO

El nombre es Ziraldo Alves Pinto y nació en Caratinga, que es considerada (por quienes la consideran) una pequeña ciudad del interior de la provincia de Minas Gerais. Para él, es seguramente una de las más pujantes ciudades del planeta, discreta sí, pero fundamental. Viene de una de las típicas familias de Minas Gerais, pero con una peculiaridad: todos los hijos tienen nombres que empiezan por la Z.

Nació, pues, en Caratinga, hace 60 años. Aparenta menos, pese a los cabellos blancos. Pero cuando uno empieza a darse cuenta de todo lo que hizo, 60 años parecen poco. La capacidad de confundir las cuentas, sin embargo, se hace aún mayor cuando uno empieza a hablar con Ziraldo: él salta de un tema a otro con el fuego de los apasionados, y es difícil creer que haya superado la marca de los 30 años. Trabaja sin parar, en el estudio que tiene en su amplio departamento del barrio de Fonte da Saudade, al borde de la Lagoa Rodrigo de Freitas, enclavada en la región más bella de la ciudad de Río. Allí se inclina sobre la mesa y dibuja –o intenta– al menos ocho horas al día. En tiempos de efervescencia, como vienen siendo estos últimos, puede llegar a 14 horas de trabajo sin perder el humor.

Mineiro ejemplar, le encantan las largas charlas por teléfono y los vericuetos de la política. Cuando estaba vivo, otro *mineiro* típico, el poeta Carlos Drummond de Andrade, solía conversar por teléfono con Ziraldo. Las charlas eran interminables. Una llamada lacónica significaba 15 minutos. Una charla serena podía, tranquilamente, retenerlos más de una hora al aparato. Muerto Drummond, Ziraldo perdió a su interlocutor más demorado. Pero sigue hablando con calma y atención, contestando a llamadas que van desde invitaciones a algún almuerzo entre amigos a lo que casi se podría llamar de conspiración: Ziraldo es siempre muy activo cuando se trata de proponer proyectos, movilizaciones, protestas.

Vende libros como pan caliente. En estos tiempos de crisis, los balances de su editorial indican el promedio de 60 mil ejemplares por trimestre. Uno de sus libros –*O Menino Maluquinho*– vendió, solamente en Brasil, alrededor de 1,5 millón de ejemplares. En total, publicó 52 libros. Todos, a excepción de uno, dedicados básicamente al público infanto-juvenil. Sus libros están en más de 15 países. Podría jubilarse. Pero quien conoce a Ziraldo sabe que esa palabra está ausente de su diccionario.

En vísperas de la aparición, en la Argentina, de su *El chico de la historieta (O Menino Quadradinho)*, Ziraldo estaba con el proyecto de un calendario (él sigue siendo uno de los artistas gráficos más cotizados de Brasil), con la invitación para participar de una muestra-homenaje al dibujante argentino Oski, con la edición de sus libros en Angola y Mozambique, con la reedición de su novela para adultos *Vito Grandam* en Colombia, con el estado de salud de su amigo, el canciller brasileño José Aparecido de Oliveira, con la compra de un viejo barco para los fines de semana en su casa de la Ilha Grande, a cerca de dos horas de Río, con el seleccionado brasileño, y con todo lo que uno pueda imaginar. Por si fuera poco, decidió reunirse con otros dos maestros de la historieta brasileña –Jaguar y Millor Fernandes– y lanzar un periódico semanal, en el formato del desaparecido *Pasquim*, que en los años 70 marcó época en la prensa del Brasil. "Ando un poco cansado –admite–. Creo que voy a pasar dos o tres días en la Ilha Grande." Con eso, para él, es suficiente.

–Estás en eso –dibujar, escribir– desde hace más de 40 años.

–Para ser exacto, 44.

–Y has hecho un poco de todo. Hoy día, ¿qué te da más placer: dibujar o escribir?

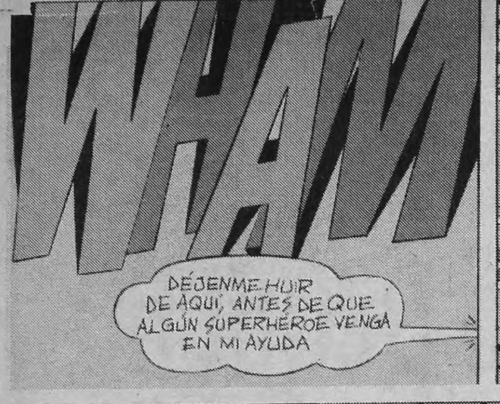
–Creo que las dos cosas vienen a la vez. Cuando imagino una historia, una tira, un cartoon o lo que sea, en verdad estoy imaginando una sola cosa. Pero el dibujo me da más placer.

–Es más fácil.

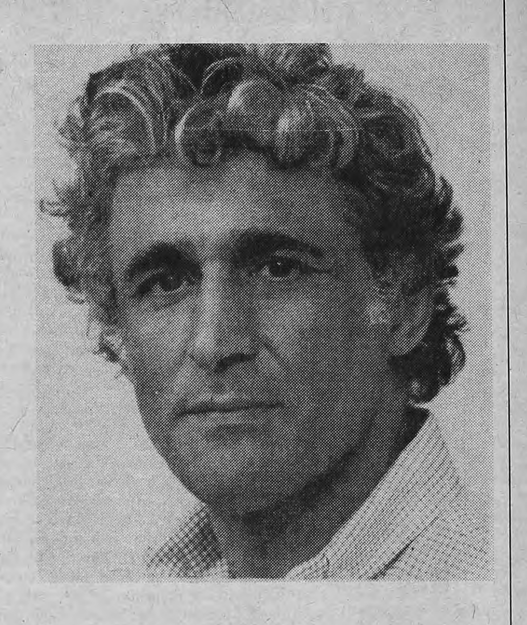
–Quizá. Bueno, yo no diría más fácil: diría que domino mejor el oficio. La palabra, para mí, sigue siendo algo sagrado, algo huidizo, algo lleno de misterio. Yo le tengo veneración a la palabra. Trabajo muchísimo más un texto que un dibujo. Leo con el mismo placer con que un glotón come. Muchas veces –te lo juro– estoy leyendo y, en un determinado párrafo o en una determinada frase, mi boca se llena de agua. Sería más elegante decir, desde luego, que mis ojos se llenan de agua. Mostraría, además, mi vertiente

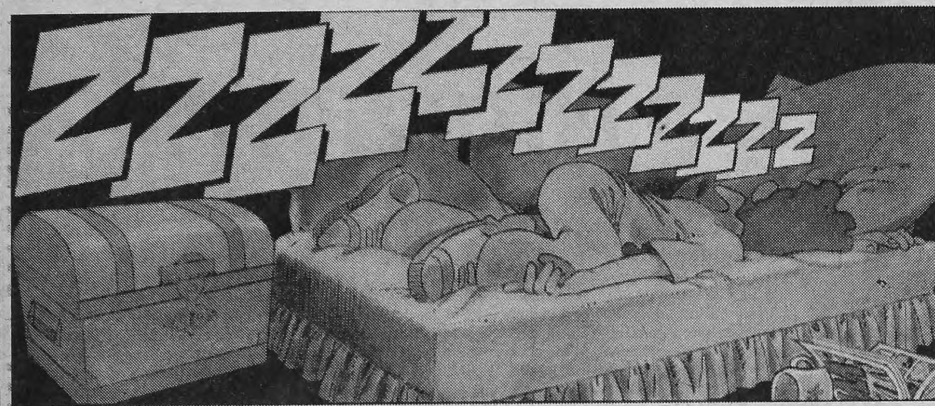
Ziraldo & Ribeiro & Buarque & Niemeyer

Ziraldo dice que, fuera de Brasil, su mercado más importante es el de la Argentina. No tanto cuantitativamente, sino por el esfuerzo –que él cree imprescindible– de acercarse al público argentino. Veterano viajero del mundo, Ziraldo es de los brasileños que no se conforman con la distancia que separa Brasil de sus vecinos. En ese aspecto, se inscribe en un selecto equipo donde pontifican, entre otros (*pocos* otros, en verdad), el antropólogo Darcy Ribeiro, el compositor Chico Buarque, el escritor Fernando Morais, el crítico literario Antonio Candido, el arquitecto Oscar Niemeyer, el poeta Ferreira Gullar, la novelista Nélida Piñón, y la cuenta empieza a hacerse corta. Mantiene una vinculación estrecha con historietistas de Chile, de México, de Venezuela, de Uruguay, de Colombia. Para Ziraldo, son todos de la misma parte del planeta: su Caratinga. Por no haber salido jamás de su pueblo natal, pese a vivir lejos de allí desde hace casi medio siglo, es un ciudadano de América y, luego, del mundo. Es una figura popular en Colombia y en Cuba, de la misma forma que en Río y –claro– en Caratinga.









DE LA HISTORIETA

sensible. Pero seré honesto: es algo gustativo, de paladar.

–¿Siempre ha sido así?

–Siempre, siempre. Vengo de una generación de brasileños que leían. En Caratinga, éramos un grupo de cuatro, cinco amigos, que desde los nueve o diez años leíamos con voracidad. Leíamos todo. Y, ojo: no se trata de un grupo de intelectuales. No, somos gente común. Es que antes había eso en las escuelas: enseñar a descubrir el mundo a través de las lecturas. Desde la dictadura, se acabó. Ya no se lee más. Ahora, parece que habrá una nueva generación de lectores, pero queda ahí un hueco de dos o tres generaciones...

–Y sin embargo, precisamente en ese período empezaste a tener un éxito cada vez mayor...

–No, ya empecé a dedicarme al público joven en los años 80.

–¿Y antes? ¿Y Saci-Pererê?

–Bueno, entonces, mejor empezar por el principio. Como no creo que mi biografía interese en sus detalles, hagamos un resumen: empecé trabajando como dibujante en agencias de publicidad, cuando tenía diecisiete años. Hice el camino al revés: de la publicidad pasé al periodismo, en los años 60. Quería ser dibujante de historietas, pero no existía una industria así en Brasil. Por eso, la publicidad. Y trabajando en agencias de propaganda aprendí todo del oficio de dibujar. A mediados de los 50 pasé de la publicidad a la prensa, cuando todos salían de la prensa para ganar dinero en publicidad. Hice cartoons para un sinfín de publicaciones y, en los años 60, apareció la revista *Saci-Pererê*, para niños, mientras yo intentaba establecerme como artista gráfico independiente. Una manera elegante de decir que me mantenía como *free-lancer*. Hacía de todo, desde el logotipo de la compañía telefónica de Río hasta lo que me ayudara a pagar el alquiler. En los 70, mientras hacíamos *O Pasquim*, fui el artista gráfico más activo de Brasil. Ya antes, en 1969, hice un libro infantil, *Flicts*. Pero, y tú lo sabes, uno no elige la propia vida: vinieron los tiempos más negros de la dictadura, tuve que viajar, empecé a publicar en revistas internacionales. Logré un agente en Milán, otro en Nueva York..., las cosas podrían haber seguido ese rumbo, pero mi cuestión era volver a Brasil. Y aquí me quedé. Para mí, eso era fundamental. Y me hice un caricaturista político. Fue un período muy rico, porque además de eso hacía también trabajos que eran publicados en las principales revistas del mundo. Así se pasaron los años 70 y, a partir de 1980, mi trabajo se volcó básicamente a la literatura para niños. Todo empezó con el éxito inesperado de *O Menino Maluquinho*. Fueron cincuenta mil ejemplares en menos de un mes y, con la difusión boca a boca, toda la gente hablando del libro, hubo una verdadera explosión editorial. Así fue...

–Flicts*, que está editado en la Argentina, era más un libro de artista gráfico que libro infantil.*

–De artista gráfico, sí, pero también para niños. *O Menino Maluquinho* era más texto. Y, curioso: pasó por generaciones, vende sin parar desde hace trece años.

–El libro infantil en Brasil vende mucho porque es adoptado como libro de texto en las escuelas.

–También por eso. Pero no ha sido así desde siempre: recuérdense los años de la dictadura.

–Hay libros tuyos, como El bichito de la manzana, *escritos para niños de seis u ocho años. Otros, para un público que se sitúa entre los once y los trece años.*

–Como público-objetivo, de acuerdo. Pero no me prendo mucho a ese tipo de parámetro. Trato de escribir de manera clara, trabajando al máximo cada frase, cada palabra. Si un niño no comprende determinada palabra, no importa: captará el sentido. En *El chico de la historieta*, por ejemplo, está el que probablemente sea mi texto más trabajado, inclusive gráficamente. Verás que los tipos gráficos del texto cambian según cómo él se va desarrollando. Creo siempre que aquel que sabe leer tiene todo para descubrir, en la lectura, un placer infinito. Hay dos códigos básicos para el ser humano: saber hablar y saber leer y escribir. En fin, descubrí que nadie jamás escribe específicamente para niños: se escribe para el núcleo familiar. Cuando alguien me sugiere que saque determinada palabra o expresión alegando que el niño no me va a entender, digo siempre que no. Si no me entiende ahora, me entenderá algún día.

–¿Y cómo trabajás, entonces, el lenguaje?

–Para empezar, quiero aclarar que odio cuando alguien sugiere que escribir para niños es hacer una literatura menor. Trabajamos exactamente al mismo nivel que cualquier autor. Habrá buena o mala literatura infantojuvenil, eso es todo. La literatura es, para mí, el arte supremo. La palabra es la mayor materia del arte. Más que la música, que la pintura. Soy de esos escritores que trabajan duro. Reescribo todo docenas de veces. Escribo siempre pensando que si el niño no me entiende en la primera, me entenderá después. No menosprecio a mi lector por saberlo niño. Soy severo y hasta cruel con mis buenas ideas. Tú lo sabes: un escritor nunca puede dejarse enamorar por sus buenas ideas. No puedo decir que, al sentarme para escribir, esté pensando en un público específico. Lo que me fascina es la idea, la calidad de la palabra. Eso es lo que persigo. En *El chico de la historieta*, creo que ese ejercicio queda muy claro. Mi único cuidado es evitar las frase de efecto. En la novela que escribí para adultos, no logré evitarlo. Es curioso, eso... En los libros infantiles, sí. Me resulta natural, pese a exigirme, claro, una atención enorme a la hora de finalizar el texto.

–¿Y la vertiente del dibujante, del artista gráfico?

–Mira el caso de *El chico de la historieta*. Hay el trabajo del texto en sí, luego, el trabajo gráfico sobre el texto. Y, por fin, la primera parte del libro, las ilustraciones. Hay que recordar que lo primero que hice en la vida fue dibujar. Antes de escribir, dibujaba. No aprendí como los publicitarios de hoy, que trabajan con computadora. En mis tiempos, todo era manual: uno recontaba números, letras, las pegaba a mano, una a una... Lo natural en mi caso sería hacerme pintor a medida que envejecía. Pero me hice escritor... Uno desarrolla de tal forma las técnicas del dibujo, que lo natural sería transformarse en pintor. Pero mi dibujo siempre ha sido narrativo. Siempre he sido un narrador, a través del dibujo. Eso está claro en el texto de *El chico de la historieta*. Es posible narrautilizando dos lenguajes a la vez, el texto y el dibujo. Escribir me asusta más, claro. Me angustia más. Yo sé cuándo un dibujo está listo. El texto siempre me deja muchas dudas. Pero son lenguajes que se casan. En *El chico de la historieta*, la parte de las ilustraciones es muy elaborada, trabajé muchísimo en ella. Hay citas y homenajes a todos mis maestros. Estoy por entero en ese libro.

Werenkraut y Asoc.

Pensando en grande

Cuando a comienzos de la década del 70 nos planteamos en Ediciones de la Flor publicar libros infantiles, el panorama en ese campo en el país estaba dominado casi totalmente por añejas tradiciones, con la excepción honrosa e importante de los libros de María Elena Walsh, los del Centro Editor de América Latina y algunos otros pioneros.

Con la idea de innovar que presidió siempre nuestro proyecto editorial y el asesoramiento de una especialista, Amelia Hannois, diseñamos, para empezar, dos colecciones.

Para la primera, Libros de la Florcita, convocamos a autores importantes, que no escribían habitualmente para niños, con la convicción de que no impostarían la voz ni el estilo al dirigirse a un público de menor edad que sus lectores usuales. En algunos casos –Ray Bradbury, Umberto Eco, James Thurber, Ionesco, Italo Calvino, Vinicius de Moraes– se compraron derechos sobre textos ya publicados en sus idiomas originales. En otros –Augusto Roa Bastos, Silvina Ocampo, Griselda Gambaro, Martha Mercader– se les lanzó el desafío de escribir para chicos. En todos, las ilustraciones se encargaron a un plástico, Juan Marchesi, quien trabajó línea a línea los textos con nosotras, en una perspectiva que debía contemplar también el aspecto económico.

La otra colección, El Libro en Flor, se dirigiría a preescolares, con libros de escaso o ningún texto, donde la ilustración "narrara" una historia, que podrían desarrollar los chicos solos o auxiliados por adultos. Aquí también se encargaron libros a ilustradores –el chileno Agustín Olavarría diseñó *Nace una sandía* y *Nace un pájaro*– se compraron derechos sobre títulos que respondían a la idea de la colección .

La absurda prohibición por la dictadura militar de un libro de esta colección –*Cinco dedos*, elaborado por el Colectivo de Libros para Niños de Berlín– devendrá primero en cárcel y luego en exilio para los editores, interrumpiendo la ampliación del proyecto, que ahora, retomado, incluirá otras colecciones y nuevos títulos: otro de Italo Calvino –*La ciudad cubierta de nieve*–, uno de Arthur Miller –*La colcha de Alicia*– y uno del humorista Rudy –*¡Socorro, Ricardo!*– y otros para El Libro en Flor.

Nada sorpresivamente, muchos de los libros de humor gráfico que la editorial publica –en especial *Mafalda, Inodoro Pereyra* y el *Matías* de Sendra– se convirtieron en material elegido no sólo por los niños sino por los docentes con fines pedagógicos.

En el lapso transcurrido entre una y otra etapa, los títulos publicados se reeditaron con frecuencia, se incluyó uno de Ariel Dorfman (*La rebelión de los conejos mágicos*) y varios de ellos fueron adoptados por los sistemas de educación bilingüe de Estados Unidos.

También en ese ínterin surgieron editoriales especializadas y colecciones informadas por los mismos criterios e inaugurando otros, probando que en este campo no estaba ya (ni estará nunca) todo escrito.

KUKI MILER
(Ediciones de la Flor)

EL MERCADO DEL LIBRO INFANTIL, NEGOCIO CON REGLAS PROPIAS

Lectores pequeños, cifras crecidas

MIGUEL RUSSO

En las librerías es muy común ver padres y madres arrastrando a sus hijos de la mano hasta el sector de literatura infantil. Los chicos, entre el aburrimiento y la indiferencia, miran las mesas repletas de tapas con dibujitos poco prometedores de alegrías. El padre o la madre en cuestión tienen, casi siempre, una frase como "este libro ta va a gustar" antepuesta a "elegí el que quieras". Por lo general, basan los gustos literarios para sus hijos en sus propias apetencias infantiles. Sólo que ahora tienen más de 30, y el placer por *El principito* o *Mi planta de naranja lima* resulta intransferible para estos chicos de fin de siglo.

Una de las características distintivas de la literatura infantil local es que, todos, tienen libros publicados en la gran mayoría de las editoriales especializadas en el género. Laura Devetach, Ricardo Mariño, Graciela Montes, Ana María Shua, María Elena Walsh, Elsa Bornemann, Gustavo Roldán y Silvia Shujer, entre otros, comparten los catálogos de Colihuee, Quirquincho, De la Flor, Alfaguara, Altea, Sudamericana, Emecé, Sigmar o El Ateneo. Esto es casi impensable en la narrativa de adultos. Quizá porque esas editoriales y otras que manejan el mundo literario infantil no fuerzan a los autores a entregar un nuevo escrito inmediatamente después de la salida de un texto. "Yo les digo a los escritores que cuando tengan algo preparado, no me lo cuenten, que lo escriban y me lo traigan para ver si lo publicamos", dice Canela.

Esta dicotomía de una producción en varias editoriales es, también, un claro ejemplo del mercado por el que caminan las obras infantiles. Lejos de elegir las librerías como boca de expendio determinante, las editoriales para chicos apuestan a los colegios y a la decisión docente de ubicar sus libros como textos obligatorios de lectura en las escuelas.

La especialista en literatura infantil Inés Tenewicki clarifica esta realidad: "Si bien es cierto que casi ningún medio dedica un espacio específico a la literatura infantil, la pregunta sería ¿cuál sería el móvil de los medios para abrir secciones en que los textos escritos para los chicos sean leídos desde el aparato crítico de la literatura `grande' si desde la literatura infantil se apuesta a la legitimación de la escuela y no de la crítica? Las editoriales especializadas no cuentan con servicios de prensa ni un correo regular de novedades".

Esta afirmación parecería indicar, claramente, que se tiene más en cuenta la pedagogía que la escritura en el género mencionado. "Las editoriales tienen promotores en escuelas, talleres con docentes yespecialistas que acercan a los maestros, esos títulos nuevos. Es evidente –concluye Tenewicki– que la inversión pasa por la escuela, que, para la literatura infantil, vende más que los medios."

Es por eso, quizá, que la escasa crítica bibliográfica infantil en los medios, está contaminada por el discurso pedagógico en su gran mayoría.

Uno de los mejores ejemplos de tono formativo que adquirió este género (y por lo tanto su crítica especializada) lo aportó el narrador Ricardo Mariño en la mesa redonda que sobre lituratura infantil y moral tuvo lugar en Villa Gesell, dentro del marco del Primer Encuentro Nacional de Narradores: "La idea de considerar a los chicos como `seres en educación' fomentó la visión de la literatura infantil como instrumento. Esto provocó el empobrecimiento, la falsificación literaria y una especie de manual sobre cómo hay que vivir". También Graciela Montes opinó de esa manera: "Hacer literatura para chicos es vivir en el filo de la navaja; un paso en falso, y se cae en el discurso del poder".

De la misma manera que aparecen en los programas de la televisión, esa "gran enemiga" de la lectura, como les gusta decir a los adultos ante sus hijos, mientras se sientan en el sillón, toman el control remoto y aprientan *power*.

Para nuevas inquietudes

La colección infantil de Ediciones de la Urraca debe verse como parte de ese complejo de productividad y creación que forman las revistas *Humor* y *Raf* (antes *Fierro*), los libros de la editorial y las muchas obras ilustradas que hemos publicado en estos años. Decenas de dibujantes e historietistas colaboran indistintamente en unas y otras publicaciones y nos permiten discutir, adaptar y también inventar productos dirigidos al público joven.

Además, tenemos un antecedente en este campo: la revista *Humi*, que durante mucho tiempo fue un referente ineludible.

La convocatoria a la gente menuda debe entenderse, entonces, en ese aspecto editorial. Nos interesa la creatividad del chico en libros para ilustrar; el arraigo de la costumbre de la lectura en novelas y ficciones condensadas para niños entre ocho y doce años; la necesaria relación con los medios masivos en adaptaciones de conocidas series de televisión y películas; el juego y la imaginación en colecciones de adivinanza, ingenio y búsqueda (Michi, Fredi, Colón, Lisa, etcétera). Estamos preparando el lanzamiento de un conjunto de libros y publicaciones que tiene como eje el fenómeno de *Parque Jurásico*: una adaptación para jóvenes de la novela de Michael Crichton que dio origen a la película de Steven Spielberg y varios libros para ilustrar en torno del tema. También contratamos una serie de novelas cortas centradas en las aventuras del joven Indiana Jones, que hemos adaptado el idioma de los argentinos y ya estamos distribuyendo en estos días.

El buen recibimiento de nuestras publicaciones en la Feria del Libro Infantil y Juvenil que se desarrolla este mes nos ha estimulado para expandir este proyecto y buscar nuevas formas y nuevos productos que se acerquen a las necesidades y las inquietudes propias de un chico de la era 2000.

NORA CASCIOLI
(Ediciones La Urraca)

Pensando en grande

Cuando a comienzos de la década del 70 nos planteamos en Ediciones de la Flor publicar libros infantiles, el panorama en ese campo en el país estaba dominado casi totalmente por añejas tradiciones, con la excepción honrosa e importante de los libros de María Elena Walsh, los del Centro Editor de América Latina y algunos otros pioneros.

Con la idea de innovar que presidió siempre nuestro proyecto editorial y el asesoramiento de una especialista, Amelia Hannois, diseñamos, para empezar, dos colecciones.

Para la primera, Libros de la Florcita, convocamos a autores importantes, que no escribían habitualmente para niños, con la convicción de que no impostarían la voz ni el estilo al dirigirse a un público de menor edad que sus lectores usuales. En algunos casos –Ray Bradbury, Umberto Eco, James Thurber, Ionesco, Italo Calvino, Vinicius de Moraes– se compraron derechos sobre textos ya publicados en sus idiomas originales. En otros –Augusto Roa Bastos, Silvina Ocampo, Griselda Gambaro, Martha Mercader– se les lanzó el desafío de escribir para chicos. En todos, las ilustraciones se encargaron a un plástico, Juan Marchesi, quien trabajó línea a línea los textos con nosotras, en una perspectiva que debía contemplar también el aspecto económico.

La otra colección, El Libro en Flor, se dirigiría a preescolares, con libros de escaso o ningún texto, donde la ilustración "narrara" una historia, que podrían desarrollar los chicos solos o auxiliados por adultos. Aquí también se encargaron libros a ilustradores –el chileno Agustín Olavarría diseñó *Nace una sandía* y *Nace un pájaro*– se compraron derechos sobre títulos que respondían a la idea de la colección .

La absurda prohibición por la dictadura militar de un libro de esta colección –*Cinco dedos*, elaborado por el Colectivo de Libros para Niños de Berlín– devendrá primero en cárcel y luego en exilio para los editores, interrumpiendo la ampliación del proyecto, que ahora, retomado, incluirá otras colecciones y nuevos títulos: otro de Italo Calvino –*La ciudad cubierta de nieve*–, uno de Arthur Miller –*La colcha de Alicia*– y uno del humorista Rudy –¡*Socorro, Ricardo*!– y otros para El Libro en Flor.

Nada sorpresivamente, muchos de los libros de humor gráfico que la editorial publica –en especial *Mafalda, Inodoro Pereyra* y el *Matías* de Sendra– se convirtieron en material elegido no sólo por los niños sino por los docentes con fines pedagógicos.

En el lapso transcurrido entre una y otra etapa, los títulos publicados se reeditaron con frecuencia, se incluyó uno de Ariel Dorfman (*La rebelión de los conejos mágicos*) y varios de ellos fueron adoptados por los sistemas de educación bilingüe de Estados Unidos.

También en ese ínterin surgieron editoriales especializadas y colecciones informadas por los mismos criterios e inaugurando otros, probando que en este campo no estaba ya (ni estará nunca) todo escrito.

KUKI MILER
(Ediciones de la Flor)

EL MERCADO DEL LIBRO INFANTIL, NEGOCIO CON REGLAS PROPIAS

Lectores pequeños, cifras crecidas

MIGUEL RUSSO

En las librerías es muy común ver padres y madres arrastrando a sus hijos de la mano hasta el sector de literatura infantil. Los chicos, entre el aburrimiento y la indiferencia, miran las mesas repletas de tapas con dibujitos poco prometedores de alegrías. El padre o la madre en cuestión tienen, casi siempre, una frase como "este libro ta va a gustar" antepuesta a "elegí el que quieras". Por lo general, basan los gustos literarios para sus hijos en sus propias apetencias infantiles. Sólo que ahora tienen más de 30, y el placer por *El principito* o *Mi planta de naranja lima* resulta intransferible para estos chicos de fin de siglo.

Una de las carácterísticas distintivas de la literatura infantil local es que, todos, tienen libros publicados en la gran mayoría de las editoriales especializadas en el género. Laura Devetach, Ricardo Mariño, Graciela Montes, Ana María Shua, María Elena Walsh, Elsa Bornemann, Gustavo Roldán y Silvia Shujer, entre otros, comparten los catálogos de Colihuee, Quirquincho, De la Flor, Alfaguara, Altea, Sudamericana, Emecé, Sigmar o El Ateneo. Esto es casi impensable en la narrativa de adultos. Quizá porque esas editoriales y otras que manejan el mundo literario infantil no fuerzan a los autores a entregar un nuevo escrito inmediatamente después de la salida de un texto. "Yo les digo a los escritores que cuando tengan algo preparado, no me lo cuenten, que lo escriban y me lo traigan para ver si lo publicamos", dice Canela.

Esta dicotomía de una producción en varias editoriales es, también, un claro ejemplo del mercado por el que caminan las obras infantiles. Lejos de elegir las librerías como boca de expendio determinante, las editoriales para chicos apuestan a los colegios y a la decisión docente de ubicar sus libros como textos obligatorios de lectura en las escuelas.

La especialista en literatura infantil Inés Tenewicki clarifica esta realidad: "Si bien es cierto que casi ningún medio dedica un espacio específico a la literatura infantil, la pregunta sería ¿cuál sería el móvil de los medios para abrir secciones en que los textos escritos para los chicos sean leídos desde el aparato crítico de la literatura `grande' si desde la literatura infantil se apuesta a la legitimación de la escuela y no de la crítica? Las editoriales especializadas no cuentan con servicios de prensa ni un correo regular de novedades".

Esta afirmación parecería indicar, claramente, que se tiene más en cuenta la pedagogía que la escritura en el género mencionado. "Las editoriales tienen promotores en escuelas, talleres con docentes yespecialistas que acercan a los maestros, esos títulos nuevos. Es evidente –concluye Tenewicki– que la inversión pasa por la escuela, que, para la literatura infantil, vende más que los medios."

Es por eso, quizá, que la escasa crítica bibliográfica infantil en los medios, está contaminada por el discurso pedagógico en su gran mayoría.

Uno de los mejores ejemplos de tono formativo que adquirió este género (y por lo tanto su crítica especializada) lo aportó el narrador Ricardo Mariño en la mesa redonda que sobre lituratura infantil y moral tuvo lugar en Villa Gesell, dentro del marco del Primer Encuentro Nacional de Narradores: "La idea de considerar a los chicos como `seres en educación' fomentó la visión de la literatura infantil como instrumento. Esto provocó el empobrecimiento, la falsificación literaria y una especie de manual sobre cómo hay que vivir". También Graciela Montes opinó de esa manera: "Hacer literatura para chicos es vivir en el filo de la navaja; un paso en falso, y se cae en el discurso del poder".

De la misma manera que aparecen en los programas de la televisión, esa "gran enemiga" de la lectura, como les gusta decir a los adultos ante sus hijos, mientras se sientan en el sillón, toman el control remoto y aprientan *power*.

Para nuevas inquietudes

La colección infantil de Ediciones de la Urraca debe verse como parte de ese complejo de productividad y creación que forman las revistas *Humor* y *Raf* (antes *Fierro*), los libros de la editorial y las muchas obras ilustradas que hemos publicado en estos años. Decenas de dibujantes e historietistas colaboran indistintamente en unas y otras publicaciones y nos permiten discutir, adaptar y también inventar productos dirigidos al público joven.

Además, tenemos un antecedente en este campo: la revista *Humi*, que durante mucho tiempo fue un referente ineludible.

La convocatoria a la gente menuda debe entenderse, entonces, en ese aspecto editorial. Nos interesa la creatividad del chico en libros para ilustrar; el arraigo de la costumbre de la lectura en novelas y ficciones condensadas para niños entre ocho y doce años; la necesaria relación con los medios masivos en adaptaciones de conocidas series de televisión y películas; el juego y la imaginación en colecciones de adivinanza, ingenio y búsqueda (Michi, Fredi, Colón, Lisa, etcétera). Estamos preparando el lanzamiento de un conjunto de libros y publicaciones que tiene como eje el fenómeno de *Parque Jurásico*: una adaptación para jóvenes de la novela de Michael Crichton que dio origen a la película de Steven Spielberg y varios libros para ilustrar en torno del tema. También contratamos una serie de novelas cortas centradas en las aventuras del joven Indiana Jones, que hemos adaptado el idioma de los argentinos y ya estamos distribuyendo en estos días.

El buen recibimiento de nuestras publicaciones en la Feria del Libro Infantil y Juvenil que se desarrolla este mes nos ha estimulado para expandir este proyecto y buscar nuevas formas y nuevos productos que se acerquen a las necesidades y las inquietudes propias de un chico de la era 2000.

NORA CASCIOLI
(Ediciones La Urraca)

El mundo del chico lector

Un ciclo en Radio Nacional, "Cuentos a los cuatro vientos", me hizo conocer a libros y autores. Un día, con algunos cuentos míos bajo el brazo, recorrí editoriales con tanta fortuna que pude elegir la que más me gustaba. Así es como me quedé en Sudamericana, donde comencé a trazar un plan editorial que ya lleva siete años y cien libros.

No se aprende de un día para el otro a hacer libros, pero todos me dieron algo de su sapiencia y puedo decir que hoy me siento muy bien en el rol de directora editorial.

Esto impone una relación muy estrecha tanto con los lectores como con los autores.

Por un lado estoy atenta al chico, al mundo en el que vive, rodeado de imágenes, sonidos y objetos que lo acosan; consciente de sus dificultades para abordar el libro, que requiere entrega y esfuerzo. (Leer da trabajo.)

Es improbable que un chico sea lector si no recibe los estímulos adecuados; en los casos en que puede conectarse con la lectura, encuentra en ella una eficaz compañía y una fuente inesperada de placer. No es poca cosa si se tiene en cuenta que esta posibilidad se adquiere para toda la vida.

Como editora trabajo para hacer buenos libros. Elegimos entre el material que nos llega de autores noveles o "consagrados" aquello que nos parece óptimo por la calidad del lenguaje, por la originalidad del tema, por la eficacia argumental.

En este momento sabemos que los lectores se inclinan por las historias de suspenso, de miedo y terror. Es probable que su gusto esté influido por las altas dosis de violencia y sadismo que suele ofrecer la televisión. Para ser justos, los medios también les acercan el interés por temas como la ecología, los animales prehistóricos y los avances de la ciencia y de la técnica. De todo esto también se nutren los autores, sensibles a los cambios .

Por otro lado, en nuestro trabajo se resuelve el aspecto visual del libro. Tapas de buen diseño, ilustraciones atractivas y llenas de sugestión completan el texto y ayudan a convertir el libro en un objeto sensorial y deseable.

En cuanto a la producción concreta, para este año elegimos ampliar el espectro de lectores de la Colección Pan Flauta agregando el Color Negro, para jóvenes lectores. A ellos destinamos *El anillo encantado*, de María Teresa Andruetto, cuentos narrados a la manera de *Las mil y una noches*, con un lirismo sensual, y *El jaguar*, de Jorge Accame, un excelente texto que combina emoción y suspenso en el ámbito de la naturaleza.

Dentro de la misma colección acaba de salir en Color Verde (recomendado a partir de los once años) *A filmar canguros míos*, de Ema Wolf, una serie de argumentos de películas escrito con un humor desopilante.

Y en Color Naranja (a partir de siete años) está prontísima a salir *Un tigre de papel*, de Sergio Kern, un relato de infancia con tinte autobiográfico iluminado por las bellísimas ilustraciones del autor.

También estamos preparando una serie de cuentos reveladores, extraños y profundos registrados en el diskette de *La abuela electrónica*, un libro de Silvia Schujer. Y *A la sombra de la inmensa cuchara*, una originalísima novela de Graciela Montes que revela todo un universo a través del vuelo imaginativo de la autora.

CANELA
(Sudamericana)

Editores celestinos

En el centro de cualquier consideración sobre la llamada literatura infantil/juvenil está la palabra *género*. Ese término que la literatura y luego la crítica de este siglo pusieron drásticamente en duda sigue teniendo, pese a todo, una relativa capacidad aglutinadora de ciertos libros en torno de inciertas palabras –teatro, poesía, ciencia ficción, literatura infantil– que proponen la clasificación y el reconocimiento de esos libros en función de un mercado.

La tarea de un editor debería establecerse en un punto equidistante entre la sospechosa idoneidad teórica y la relativa eficacia fáctica de la división en géneros y en edades propuesta por el mercado. Es decir, quienes ostentan el derecho de proponer libros a un público de lectores deberían ubicarse, al menos de manera ideal, en un lugar que permita reconocer al mismo tiempo la dificultad evidente para discernir los límites imprecisos de ese conjunto que pretende definirse como *literatura para niños* y la no menos ostensible necesidad de un mercado que impone sus certidumbres un poco más allá de su horizonte para convertirse a veces en una convicción del sentido común: a nadie se le ocurriría regalarle el *Ulises* de Joyce a un niño de seis años ni *Sapo y Sepo son amigos* a un avezado lector que atraviesa la cuarentena.

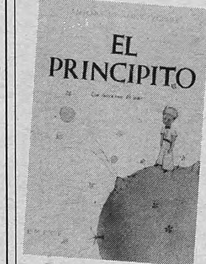
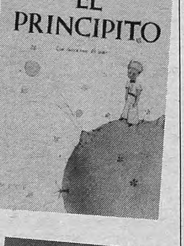
Pero estas certezas se van adelgazando a medida que los textos a considerar se vuelven menos radicales y resulta menos claro postular el perfil de lector al que están aparentemente dirigidos. Es una conversación difícil, porque el mercado exige respuestas concretas y la literatura tiene la maravillosa virtud de retacearlas.

La soberbia implícita en el hecho de que editores, padres, docentes y otros adultos nos arroguemos el derecho e incluso la obligación de proponerles *ciertos libros* a los niños debe ser atenuada con el mayor respeto hacia la capacidad intelectual, la imaginación y la sensibilidad de ellos. La pedagogía y psicoanálisis, la sociología y los estudios de mercado definen un campo aproximativo de lo que puedan ser los intereses y las necesidades de un niño conjetural y estadístico. La existencia de ese campo es necesaria pero por fortuna insuficiente, porque nadie puede saber de antemano qué libro se encontrará con cuál lector, cómo y cuándo ocurrirá esa rara e íntima felicidad.

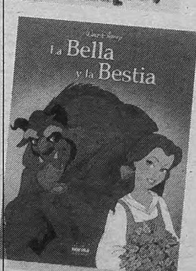
Hasta los doce años yo dependía, como todos los niños, de la intuición de mi padre para acercarme a los libros. Y mi padre, formidable lector salteado, oscilaba entre el cumplimiento de la convención –los niños leen libros para niños– y la derivación de sus propios gustos en el pequeño monstruo que era yo, capaz de devorar prácticamente cualquier cosa impresa. A lo largo de esos años, fui bebiendo un cóctel maravilloso y explosivo que incluía, entre otros, a Salgari y Quevedo, Verne y José Hernández, Vallejo y Dumas, Saki y Cervantes, a quienes leía orgullosamente convencido de que se trataba de alguien de mi familia. No leía *todo eso* con el mismo placer y pareja facilidad, pero seguramente sospechaba en mi dedicación la correspondencia de un acto amoroso que me ligaba a mi padre de una manera nueva e intensa.

Intuyo que los editores existen para hacer posible el encuentro entre esas dos partes verdaderamente insoslayables: los autores de hoy y de siempre y sus posibles lectores. Si la lectura es un acto erótico, los editores somos sus celestinos.

GUILLERMO SAAVEDRA
(Grupo Aguilar)





Literatura e información

Desde su fundación, hace siete años, Libros del Quirquincho se propuso construir un proyecto editorial que significara una alternativa diferente en libros para chicos.

Con un catálogo que en la actualidad alcanza los doscientos cincuenta títulos, nuestra propuesta se estructura sobre la base de dos campos muy importantes: la literatura infantil y juvenil y los libros de información.

Las colecciones literarias nuclean una selección de importantes autores del género que, sumada al talento de los ilustradores, brindan libros que creemos atractivos para un amplio espectro de lectores, que va desde los primeros años hasta la adolescencia.

Destacamos algunas de estas colecciones como innovadoras dentro del género, como por ejemplo Había una Vez, que –acorde con un enfoque constructivista de la lectoescritura– introduce los textos con tipografía en imprenta mayúscula e ilustraciones que reemplazan palabras, facilitando de esta manera la lectura a los más pequeños. La colección Libros para Nada, dirigida a los adolescentes, abre un espacio en el que, junto con la gran literatura, conviven la historieta, el graffitti, el rock y otras manifestaciones artísticas. La historieta, injustamente considerada como un género marginal de la literatura, ocupa ahora un lugar de jerarquía con nuestra nueva colección ¡Boom!, que se inicia con dos libros de historieta para chicos: *¡Auxilio, vamos a nacer!*, de Rep, y *Noches blancas*, de Marcelo Birmajer y Huadi.

Las colecciones de libros de información responden a un nuevo rumbo pedagógico, frente a la tradicional propuesta del texto único. Desde diversos campos del saber, numerosos profesionales y especialistas han desarrollado libros que explican las más comprometidas temáticas del mundo contemporáneo. A través de un riguroso tratamiento de los contenidos y con un lenguaje apropiado para los pequeños lectores, estos libros conforman una valiosa biblioteca escolar, amplia y variada. La ecología y el medio ambiente, la salud, la educación sexual, el funcionamiento civil de nuestra sociedad, los derechos humanos, la historia argentina y americana, son algunos de los temas.

Esta producción ha definido una trayectoria y una línea editorial que creemos que ha convertido a Libros del Quirquincho en un importante referente de padres, maestros y –por supuesto– de los niños, naturales destinatarios de nuestros libros.

ROBERTO SOTELO
(Libros del Quirquincho)



El mundo del chico lector

Un ciclo en Radio Nacional, "Cuentos a los cuatro vientos", me hizo conocer a libros y autores. Un día, con algunos cuentos míos bajo el brazo, recorrí editoriales con tanta fortuna que pude elegir la que más me gustaba. Así es como me quedé en Sudamericana, donde comencé a trazar un plan editorial que ya lleva siete años y cien libros.

No se aprende de un día para el otro a hacer libros, pero todos me dieron algo de su sapiencia y puedo decir que hoy me siento muy bien en el rol de directora editorial.

Esto impone una relación muy estrecha tanto con los lectores como con los autores.

Por un lado estoy atenta al chico, al mundo en el que vive, rodeado de imágenes, sonidos y objetos que lo acosan; consciente de sus dificultades para abordar el libro, que requiere entrega y esfuerzo. (Leer da trabajo.)

Es improbable que un chico sea lector si no recibe los estímulos adecuados; en los casos en que puede conectarse con la lectura, encuentra en ella una eficaz compañía y una fuente inesperada de placer. No es poca cosa si se tiene en cuenta que esta posibilidad se adquiere para toda la vida.

Como editora trabajo para hacer buenos libros. Elegimos entre el material que nos llega de autores noveles o "consagrados" aquello que nos parece óptimo por la calidad del lenguaje, por la originalidad del tema, por la eficacia argumental.

En este momento sabemos que los lectores se inclinan por las historias de suspenso, de miedo y terror. Es probable que su gusto esté influido por las altas dosis de violencia y sadismo que suele ofrecer la televisión. Para ser justos, los medios también les acercan el interés por temas como la ecología, los animales prehistóricos y los avances de la ciencia y de la técnica. De todo esto también se nutren los autores, sensibles a los cambios.

Por otro lado, en nuestro trabajo se resuelve el aspecto visual del libro. Tapas de buen diseño, ilustraciones atractivas y llenas de sugestión completan el texto y ayudan a convertir el libro en un objeto sensorial y deseable.

En cuanto a la producción concreta, para este año elegimos ampliar el espectro de lectores de la Colección Pan Flauta agregando el Color Negro, para jóvenes lectores. A ellos destinamos *El anillo encantado*, de María Teresa Andruetto, cuentos narrados a la manera de *Las mil y una noches*, con un lirismo sensual, y *El jaguar*, de Jorge Accame, un excelente texto que combina emoción y suspenso en el ámbito de la naturaleza.

Dentro de la misma colección acaba de salir en Color Verde (recomendado a partir de los once años) *A filmar canguros míos*, de Ema Wolf, una serie de argumentos de películas escrito con un humor desopilante.

Y en Color Naranja (a partir de siete años) está prontísima a salir *Un tigre de papel*, de Sergio Kern, un relato de infancia con tinte autobiográfico iluminado por las bellísimas ilustraciones del autor.

También estamos preparando una serie de cuentos reveladores, extraños y profundos registrados en el diskette de *La abuela electrónica*, un libro de Silvia Schujer. Y *A la sombra de la inmensa cuchara*, una originalísima novela de Graciela Montes que revela todo un universo a través del vuelo imaginativo de la autora.

CANELA
(Sudamericana)

Editores celestinos

En el centro de cualquier consideración sobre la llamada literatura infantil/juvenil está la palabra *género*. Ese término que la literatura y luego la crítica de este siglo pusieron drásticamente en duda sigue teniendo, pese a todo, una relativa capacidad aglutinadora de ciertos libros en torno de inciertas palabras –teatro, poesía, ciencia ficción, literatura infantil– que proponen la clasificación y el reconocimiento de esos libros en función de un mercado.

La tarea de un editor debería establecerse en un punto equidistante entre la sospechosa idoneidad teórica y la relativa eficacia fáctica de la división en géneros y en edades propuesta por el mercado. Es decir, quienes ostentan el derecho de proponer libros a un público de lectores deberían ubicarse, al menos de manera ideal, en un lugar que permita reconocer al mismo tiempo la dificultad evidente para discernir los límites imprecisos de ese conjunto que pretende definirse como *literatura para niños* y la no menos ostensible necesidad de un mercado que impone sus certidumbres un poco más allá de su horizonte para convertirse a veces en una convicción del sentido común: a nadie se le ocurriría regalarle el *Ulises* de Joyce a un niño de seis años ni *Sapo y Sepo son amigos* a un avezado lector que atraviesa la cuarentena.

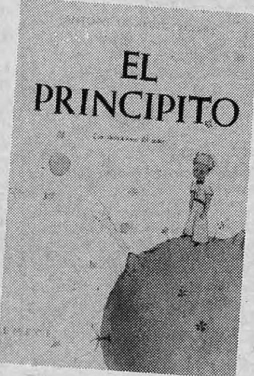
Pero estas certezas se van adelgazando a medida que los textos a considerar se vuelven menos radicales y resulta menos claro postular el perfil de lector al que están aparentemente dirigidos. Es una conversación difícil, porque el mercado exige respuestas concretas y la literatura tiene la maravillosa virtud de retacearlas.

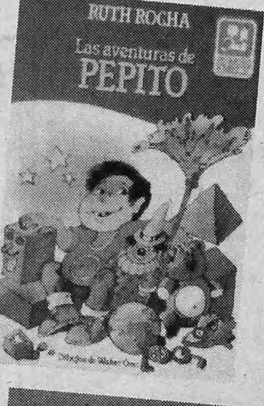
La soberbia implícita en el hecho de que editores, padres, docentes y otros adultos nos arroguemos el derecho e incluso la obligación de proponerles *ciertos libros* a los niños debe ser atenuada con el mayor respeto hacia la capacidad intelectual, la imaginación y la sensibilidad de ellos. La pedagogía y psicoanálisis, la sociología y los estudios de mercado definen un campo aproximativo de lo que puedan ser los intereses y las necesidades de un niño conjetural y estadístico. La existencia de ese campo es necesaria pero por fortuna insuficiente, porque nadie puede saber de antemano qué libro se encontrará con cuál lector, cómo y cuándo ocurrirá esa rara e íntima felicidad.

Hasta los doce años yo dependía, como todos los niños, de la intuición de mi padre para acercarme a los libros. Y mi padre, formidable lector salteado, oscilaba entre el cumplimiento de la convención –los niños leen libros para niños– y la derivación de sus propios gustos en el pequeño monstruo que era yo, capaz de devorar prácticamente cualquier cosa impresa. A lo largo de esos años, fui bebiendo un cóctel maravilloso y explosivo que incluía, entre otros, a Salgari y Quevedo, Verne y José Hernández, Vallejo y Dumas, Saki y Cervantes, a quienes leía orgullosamente convencido de que se trataba de alguien de mi familia. No leía *todo eso* con el mismo placer y pareja facilidad, pero seguramente sospechaba en mi dedicación la correspondencia de un acto amoroso que me ligaba a mi padre de una manera nueva e intensa.

Intuyo que los editores existen para hacer posible el encuentro entre esas dos partes verdaderamente insoslayables: los autores de hoy y de siempre y sus posibles lectores. Si la lectura es un acto erótico, los editores somos sus celestinos.

GUILLERMO SAAVEDRA
(Grupo Aguilar)









Literatura e información

Desde su fundación, hace siete años, Libros del Quirquincho se propuso construir un proyecto editorial que significara una alternativa diferente en libros para chicos.

Con un catálogo que en la actualidad alcanza los doscientos cincuenta títulos, nuestra propuesta se estructura sobre la base de dos campos muy importantes: la literatura infantil y juvenil y los libros de información.

Las colecciones literarias nuclean una selección de importantes autores del género que, sumada al talento de los ilustradores, brindan libros que creemos atractivos para un amplio espectro de lectores, que va desde los primeros años hasta la adolescencia.

Destacamos algunas de estas colecciones como innovadoras dentro del género, como por ejemplo Había una Vez, que –acorde con un enfoque constructivista de la lectoescritura– introduce los textos con tipografía en imprenta mayúscula e ilustraciones que reemplazan palabras, facilitando de esta manera la lectura a los más pequeños. La colección Libros para Nada, dirigida a los adolescentes, abre un espacio en el que, junto con la gran literatura, conviven la historieta, el graffitti, el rock y otras manifestaciones artísticas. La historieta, injustamente considerada como un género marginal de la literatura, ocupa ahora un lugar de jerarquía con nuestra nueva colección ¡Boom!, que se inicia con dos libros de historieta para chicos: *¡Auxilio, vamos a nacer!*, de Rep, y *Noches blancas*, de Marcelo Birmajer y Huadi.

Las colecciones de libros de información responden a un nuevo rumbo pedagógico, frente a la tradicional propuesta del texto único. Desde diversos campos del saber, numerosos profesionales y especialistas han desarrollado libros que explican las más comprometidas temáticas del mundo contemporáneo. A través de un riguroso tratamiento de los contenidos y con un lenguaje apropiado para los pequeños lectores, estos libros conforman una valiosa biblioteca escolar, amplia y variada. La ecología y el medio ambiente, la salud, la educación sexual, el funcionamiento civil de nuestra sociedad, los derechos humanos, la historia argentina y americana, son algunos de los temas.

Esta producción ha definido una trayectoria y una línea editorial que creemos que ha convertido a Libros del Quirquincho en un importante referente de padres, maestros y –por supuesto– de los niños, naturales destinatarios de nuestros libros.

ROBERTO SOTELO
(Libros del Quirquincho)

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La borra del café*, por Mario Benedetti (Destino, 15 pesos).	1	14
2	*Parque Jurásico*, por Michael Crichton (Emecé, 16 pesos).	2	3
3	*Vendidas*, por Zana Muhsen y Andrew Crofts (Seix Barral, 16 pesos). Un hecho verídico que narra la opresión de dos mujeres vendidas por su padre en un pueblo perdido de Yemen.	5	2
4	*Cuando ya no importe*, por Juan Carlos Onetti (Alfaguara, 15 pesos).	4	16
5	*Días de tormenta*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 12 pesos).	10	2
6	*Vorágine*, por Larry Bond (Emecé, 30 pesos).	—	3
7	*La revolución es un sueño eterno*, por Andrés Rivera (Alfaguara, 15 pesos).	3	16
8	*El secreto de McNally*, por Lawrence Sanders (Emecé, 13 pesos).	6	2
9	*El jardín de Rama*, por Arthur C. Clarke (Emecé, 17 pesos). En la continuación de *Cita con Rama* y *Rama II*, la nave se aleja del sistema solar con tres humanos en su interior que buscan resolver el misterio de lo desconocido.	—	1
10	*Sombras verdes, ballenas blancas*, por Ray Bradbury (Emecé, 14 pesos).	—	4

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El jefe*, por Gabriela Cerruti (Planeta, 19 pesos). Menem al desnudo: sus ambiciones, su osadía, el casamiento y la separación de Zulema Yoma, su relación con los Montoneros, con la logia P-2.	1	6
2	*La corrupción*, por Mariano Grondona (Planeta, 17 pesos).	2	10
3	*El pez en el agua*, por Mario Vargas Llosa (Seix Barral, 26 pesos).	3	9
4	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos).	4	107
5	*Impunidad diplomática*, por Francisco Martorelli (Planeta, 16 pesos).	5	12
6	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos).	9	32
7	*El trabajo de las naciones*, por Robert B. Reich (Vergara, 16 pesos). El ministro de Trabajo de Bill Clinton reflexiona sobre la importancia vital que tiene el trabajo en la construcción de nuevas políticas productivas.	—	1
8	*Tus zonas mágicas*, por Wayne W. Dyer (Grijalbo, 16 pesos).	6	11
9	*País archipiélago*, por Daniel Muchnik (Planeta, 17 pesos).	—	3
10	*El ser social, el ser moral y el misterio*, por monseñor Justo Laguna (Tiempo de Ideas, 10 pesos).	—	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Varios autores: **Sobre Walter Benjamin** (Alianza/Instituto Goethe). Subtitulado *Vanguardias, historia, estética y literatura: una visión latinoamericana*, el libro reúne textos de Nicoláas Casullo, Jorge Panesi, Héctor Schmucler, Horacio Gonzales y demás participantes del Simposio Internacional sobre Walter Benjamin realizado el año pasado en el Instituto Goethe.

Isaac Asimov: **Hacia la fundación**/ junto con Robert Silverberg: **Hijo del tiempo** (Plaza y Janés): dos sólidas y atractivas demostraciones de que la ciencia ficción es ya un clásico de nuestro tiempo. El cierre de la saga de la Fundación y un imaginativo viaje que une el mundo prehistórico y el futuro tecnológico.

Michel Bensayag y Edith Charlton: **Esta dulce certidumbre de lo peor** (Nueva Visión): el sentido común de estas épocas resignadas revisitado por los autores de *Crítica de la felicidad*. Un ensayo que busca reencontrar un camino posible a los sentimientos de utopía perdidos.

Carnets///

POESIA

Esplendor en la hierba

EL JARDIN, por Diana Bellessi. Bajo la Luna Nueva, 1992, 132 páginas.

El conjunto de los textos de *El jardín*, de Diana Bellessi, forma una serie donde cada metáfora —cada enigma— se resuelve en el poema que sigue: en esa cadena el sentido se multiplica y, a la vez, se retrae, como una superficie que se hundiera sobre sí hasta sutilizarse en estratos de secreta comunicación. Libro-jardín: la forma mínima reproduce y diversifica la unidad, ésta el tipo, ésta la especie, y penetra en las capas superpuestas del humus hacia la oscuridad terrestre. "Un jardín —reza un epígrafe de Ernst Jünger— proporciona más certidumbres que cualquier sistema filosófico." Tal vez porque en él se cruzan naturaleza y cultura, el jardín es morada y escena de la contemplación, plano y sendero, extensión viva en la cual la propia mano puede intervenir, injertar, sembrar, expandir, cortar. Poema-jardín: naturaleza *cultivada*, imagen central que permite un paso a todas las conexiones de sentido.

El libro tiene cuatro partes, donde podría leerse una parábola estético-vital. "Golpe de Estado" es la primera. Suspensión de las garantías de un derecho poético que desea o elige, percibe o memoriza, la muerte es la no-constitución de la forma, su desvanecimiento en el vacío. Allí el sujeto lanza su mirada y viste sus disfraces, imagina y canta. Entretejé lo contemplado en la gracia de la imagen para olvidar la nada que está: "Fasto perfumado de los ligustros/ lo que viene a solas/ o lo puesto, ahora/ está despierto,/ se orquesta para gloria/ y una olvida, el horror del vacío perfecto".

"Estado de derecho" —segunda parte— corresponde a la alianza de amor del poema en la diversidad de la belleza, el derecho a unir lo separado en una ética del lenguaje: celebración y memoria. La condición del vacío es el decurso irremediable del tiempo, pero el tiempo es, también, la condición misma de lo que se multiplica y crece en la diferencia de lo vivo abierto. La imagen busca su reflejo, busca la forma en la forma, busca alzar el tiempo que pasa en un instante puro de hermosura. Su movimiento es anhelante, tembloroso, inseguro, ya que trabaja con





la sombra, la nada corrosiva en la luz del pétalo: "He construido un jardín para dialogar/ allí, codo a codo en la belleza, con la siempre/ muda pero activa muerte trabajando el corazón".

¿Desde dónde se teje ese "sueño de mutualidad", el solidario derecho a nombrar lo múltiple y su aventura? Desde el lugar que la historia niega en su pompa y fundación: "Leyenda". "Tachada de la historia soy/ leyenda, marca impresentable// mientras tú, fundas Roma", dice ella. Zona del mito olvidado, casa negra de la locura, hogar de la muda, "Leyenda" representa el hueco esta voz del margen, articulada en la lengua de los dominadores, la belleza podría reconocerse. Sólo esta voz podría romper en su ensueño el orden dado y "tentar/ con las formas vivas un concierto que/ exprese gratuidad: Desde Leyenda". El poema del gineceo abre una espera, la paciencia de aguardar lo que vendrá "Un día antes de la revolución" —última parte—, como una inminencia de otro tiempo, de imposibles jardines.

El jardín nos desampara en su abierto esplendor y nos protege en su sabiduría perturbadora. Diana Bellessi (Zavalía, Santa Fe, 1946) escribió uno de los mejores libros de poesía de los últimos años.

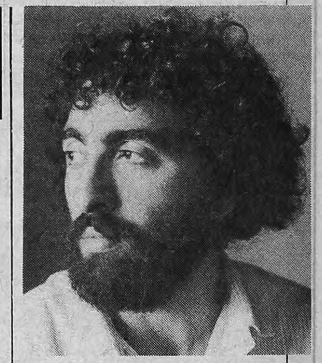
JORGE MONTELEONE

HISTORIETA

Rep por dos

¡AUXILIO, VAMOS A NACER!, por Rep. Libros del Quirquincho, 1993, 42 páginas. **Y REP HIZO LOS BARRIOS**, por Rep (dibujos) y varios autores (textos). **Página/12**, 1993, 114 páginas.

Auxilio, vamos a nacer! recoge en libro y a color una de las sagas historietísticas que Miguel Repiso (a) "Rep" publica diariamente en la contratapa de **Página/12**.



El libro se inicia cuando Auxilio les pide a sus padres un hermanito. Esta primera parte, realista y con el acento humorístico puesto en la relación entre la chica medio rockera y sus padres hiperprogresistas, es apenas un prólogo para el más largo y mejor momento del libro: la odisea del nacimiento de dos gemelos, desde la fecundación hasta sus primeros días en la Tierra. Es en este segundo terreno donde el libro de Rep se descarrila maravillosamente hacia el absurdo, del que no vuelve, y aquí donde sus desaforadas invenciones alcanzan los mayores picos de humor y soltura gráfica.

El espermatozoide preguntándole al óvulo si lee a Kundera, el espermatozoide chicato que llega tarde al óvulo, los gemelos sacándole la lengua a la ecografía son un testimonio de la originalidad de Rep para agrandar el territorio historietístico donde vivían, entre otros pocos, Charlie Brown y Mafalda.

Son los gemelos el punto más fuerte de la historieta, tal vez porque no responden a ningún estereotipo cultural y, netamente inventados (son incluso una excepción genética), se limitan a desear y a expresar con el mayor cinismo sus opiniones sobre el mundo al que los quieren traer sin su consentimiento. Las reflexiones de los gemelos sobre nacer o no nacer tienen mucho de existencialistas; con la ventaja de que allí, donde en *Las palabras* Sartre imaginaba sus pensamientos de cuando era bebé, y resultaba inverosímil, en *Auxilio...* uno no puede dejar de sentir la vida de esos personajes aunque aún no hayan nacido.

Ante libros como el de Rep reluce la limitación de los comentarios sobre historieta: ¿cómo explicar las discusiones entre el espermatozoide de segunda que ha logrado ingresar al óvulo y el espermatozoide oficial que se ha quedado afuera sin mostrar sus caras con antiparras, sus expresiones, esos dibujos sin ninguna significación anterior?

LANZALLAMAS

A la rica poesía

Por la tapa es dable imaginar que se trata de un atractivo libro de cocina. Una apetecible baguette vertical, a cuyos pies se desparraman tentadoras setas cóncavas, puede llevar a suponer que dentro de *Mujer Memoria de Otoño* —Alicia Gallegos Editora y prólogo de María Kodama—, de la poeta española Pepa Acedo, se esconden algunas sofisticadas recetas culinarias. Se trata, en cambio, del tercer libro de poemas de esta periodista egresada de Ciencias de la Información, pero por sobre todo poeta. Durante siete años adscripta a la embajada de su país, el tiempo de este austral destino no pasó en vano para esta mujer de aspecto frágil, y una mirada tan seria e inquisidora como profundo su compromiso con la vida. Trasladada hace unos meses a la República Dominicana, Pepa, a quien los amigos no le escasean por estos lares, viajó especialmente desde el Caribe para sentarse en el Instituto de Cooperación Iberoamericana y escuchar cómo Rafael Freda, ese culto profesor de Letras que, además preside la Sociedad de Integración Gay Lésbica, Sigla, presentaba, y desmenuzaba, su obra.

"Estilo depurado, sensual, gozoso", definió Freda la obra y añadió, "éste es un libro que se goza de ser poesía erótica". "La primera parte es producto de la rabia que me produjo la teoría sobre el fin de las ideologías", retrucó más pragmática la poeta en cuyos versos, además de un delicado erotismo, también es posible encontrar desde su furibundo, aunque esperanzado, lamento por el fin de la historia hasta un sentido homenaje al tango dedicado al poeta y dramaturgo Américo Torchelli.

-"¿Quién le va a creer a Pepa que esta tapa es una casualidad?", insistió Freda poniendo una nota cuasi humorística que obligó a la autora, azorada cual doncella, a explicar que su único objetivo había sido el de atraer a sus congéneres con una cubierta gastronómica y sorprenderlas luego con sus poemas.

Responsable tanto del lanzamiento de la española como de la conjunción Acedo-Freda es la joven, audaz y novel editora Alicia Gallegos, cuya colección de poesía, Octubre en París, acaba de agotar sus dos primeros títulos, *Jaschou*, de Miguel Angel Lens, y *Sobras de las obras*, de Rolando Revagliatti, y ya tiene en prensa *Mundo tenaz*, del mismo Rafael Freda, amén de tener apalabrada a la Pepa para su próximo volumen, esta vez de cuentos.

SYLVINA WALGER



Aquellos tiempos

LA ACOMPAÑANTE, EL LACAYO Y LA PUTA, por Nina Berberova, Seix Barral, 1993, 190 páginas.

En sus *Diez días que conmovieron al mundo*, John Reed refiere el espanto de unas humildes telefonistas ante la presencia de los bolcheviques, tan espantadas que ni el anuncio de la duplicación del sueldo y la disminución del horario de trabajo logra impedir que salgan corriendo. Esas mujeres semejan, en su actitud, a las protagonistas de los dos cuentos de Nina Berberova, nacida en Rusia en 1901, residente en Francia desde 1925 y desde 1950 en Estados Unidos.

En ambos relatos —publicados originalmente en ruso en 1949— hay un peso fuerte de lo confesional. El personaje femenino, en primera o tercera persona, refiere su abandono del país natal, sus ansias de grandeza y sus celos y rencores. Cuando se plantea una relación triangular —María Nicolaievna, Sonetchka, el marido de María en el primer cuento; Lila, Tania, Alexei Ivanovich en el segundo— el peso de los conflictos se da entre las mujeres. Los hombres aparecen como ayudantes de las acciones que las mujeres llevan a cabo. Que no significan aventura, ni búsqueda de la felicidad ni heroísmo, sino más bien planes tortuosos, hasta masoquistas. Queda como única posibilidad persistir obsesivamente en destruir y destruirse, en un mundo donde Dios es indiferente, no existe o se niega a hacer el milagro que salvaría sus individuales existencias y las depositaría en el envidiado lugar de los naturalmente hermosos, dotados y ricos.

Berberova construye ágilmente las tramas, lo que evita un efecto farragoso si se tiene en cuenta la monotonía de sus personajes, su permanente lamento y su rumiante venganza. De modo que los espacios (viajes a distintos países o ciudades) o tiempos (desde la infancia a la madurez) desfilan caracterizados por algunos detalles capaces de evocar el conjunto por sugerencia, y en el conjunto también la visión de las protagonistas desde cuyo punto de vista se narran los hechos, llenos de indicios.

Un rasgo que domina los relatos es el de la condición de servidumbre y el servilismo de las conductas, condición que parece adscribirse, espiritualizada, a la ausencia de Dios. En especial en una pianista, una puta y un mozo de restaurante, tres rusos anclados en París, añorando cada uno a su modo, en medio de una vida oscura, los tiempos brillantes del zar y sus cosacos.

SUSANA CELLA

FICCION

Literatura silvestre

Luis Sepúlveda
UN VIEJO QUE LEIA NOVELAS DE AMOR

UN VIEJO QUE LEIA HISTORIAS DE AMOR, por Luis Sepúlveda. Tusquets, 1983, 138 páginas.

Si breve, lo bueno es dos veces bueno y lo malo sólo la mitad de malo. Esta novela de Luis Sepúlveda es breve. Sencilla la prosa, lineal el relato, lograda la atmósfera de una jungla amazónica ecuatoriana donde ocurren las cosas de este librito que se deja leer de un tirón.

Todo pasa en un caserío perdido en la Amazonia (''la Amazonía'', prefiere decir el autor) donde hay este viejo que lee historias de amor, y sabe de la selva y de sus animales, plantas y signos casi tanto como los indios shuar (más conocidos como jíbaros). Esta novela sufre gravemente de ese problema que Eco llama ''salgarismo''; evidentemente, el autor de *El viejo*... no leyó las *Apostillas al Nombre de la Rosa*.

La brevedad, linealidad y tipografía de grueso calibre hacen de esta fábula ecológica (salvo algún pasaje macabro) un texto ideal para niños pequeños y grandes. Los adultos de cualquier edad, por el contrario, pueden sentirse decepcionados: como en una clásica de cowboys pero al revés, Sepúlveda (1949, chileno radicado en Hamburgo, ex militante de Unidad Popular, hoy de Greenpeace) pliega al mundo en blancos y gringos malos, guarangos y ecológicamente desastrosos, versus unos jíbaros (perdón, unos shuar) tan buenos y hermosos que Rousseau se los hubiera llevado a la cama, al menos a las hembras. Hasta las hormigas, tigres, monos y pájaros de Sepúlveda son más inteligentes que los gringos. ¿Quién dijo que no se hace literatura con buenos sentimientos?

Sepúlveda no tiene dudas, como quienes no las tenían hace 25 años, cuando lo ''políticamente correcto'' era hacer la revolución: hoy, estando a Sepúlveda, lo correcto es la ecología y la salvación de la Amazonia. Pero no hay mal (ni ideología) que dure cien años: cabe preguntarse cómo se leerá esta novelita dentro de medio siglo. Hoy se la lee demasiado bien, sobre todo con la conciencia sucia (y aburrida) de los europeos: desde hace algún tiempo *El viejo*... es un formidable best-seller en Francia y Alemania.

Si hubiera que situar a este texto entre los elementos de la Tabla Periódica de Mendeleiev diríase que —por su liviandad, brillo y reciclabilidad (Annaud ya compró los derechos para el cine)— se asemeja mucho al hoy universal aluminio. Pero el aluminio no se oxida con el tiempo. Este *Viejo*... de jungla tampoco parece hecho de un relativamente liviano pero durísimo titanio, como aquel otro *Viejo*..., el del mar. Sospecho que en esta sustancia literaria hay átomos ferrosos, que se herrumbran a la intemperie. Quizá puede decirse que el autor (víctima de una excesiva pureza en los sentimientos) olvidó que el hierro dulce, con el agregado de un poco de tóxico cromo, se transforma en acero inoxidable.

DIEGO BIGONGIARI

Y Rep hizo los barrios también tiene su origen en páginas de diario. Esta Filcar impertinente, como el mismo autor la define, comenzó siendo la ilustración semanal de las notas sobre barrios que se publicaban en el suplemento *Metrópolis* de **Página/12**. Contrastaban, en ese suplemento, los rigurosos datos históricos de los barrios con las continuas licencias gráficas que se tomaba Rep para describir los mismos sitios, desde repetir dos veces el nombre del Hospital Durand para transformarlo en un disco de rock hasta la momia Batista que, como alma en pena, sobrevolaba gran parte de la ciudad buscando la pelota que nunca halló en la cancha. Para el libro, Rep se ha hecho acompañar, entre muchos, por Juan Gelman, Osvaldo Soriano, Juan Sasturain, David Viñas, Horacio Verbitsky —que prologa el libro— y siguen las firmas. Cada uno describe su barrio haciendo hincapié en la historia, en su historia personal, en el paso del tiempo o haciendo del texto una aguafuerte.

Sin embargo, parecen coincidir en añorar partes de la ciudad que se han perdido, lugares que destrozó la dictadura o que están por destrozar los shoppings, y esa coincidencia le da un sentido profundo al libro. Para cada generación los monumentos fueron otros, los lugares importantes fueron otros: los del '60 pueden quejarse de la remodelación de tal bar, los del '70 de la conversión en shopping de su escuela. Tal vez el libro de Rep, que arremete sin vergüenzas con Buenos Aires —señalando el cine porno de Constitución, los amores bajo la autopista, el diablo tomando café en Los Angelitos—, que busca desprolijamente la belleza, les recuerde a algunas generaciones futuras qué lugares consideraban importantes algunos porteños de estos tiempos.

MARCELO BIRMAJER

EPISTOLARIO

Cartas y deudas

CARTAS, por Francis Scott Fitzgerald. Selección y traducción de Gerardo Gambolini. Beatriz Viterbo Editora, 1993, 142 páginas.



Francis Scott Fitzgerald escribió, además de sus famosos cuentos, guiones de cine y novelas, unas seis mil cartas, junto con una desolada autobiografía que tituló *Crack up*, donde su imagen se homologa a la de un plato cuarteado para escarbar en las indelebles cicatrices que quedaban como remanente de una vida agitada, violenta y sobre todo vivida a fondo. En las cartas seleccionadas por Gerardo Gambolini se evidencian los conflictos, los riesgos de asumir las responsabilidades que en el recorrido que va desde 1915 a 1940 —es decir, desde los inicios de la carrera literaria de Scott hasta su muerte—, se presentan.

Las cartas que el autor de *El gran Gatsby* escribió —enviadas o no— promueven una reflexión sobre los rasgos que inciden en la escritura y en la conformación de cierta figura de escritor en Francis Scott Fitzgerald. En un estudio preliminar a una selección de sus cuentos, el crítico Malcolm Cowley destacaba en los transformadores de la narrativa norteamericana de la *época del jazz*, la fuerza actuante y constitutiva de un modo de enfrentar el mundo con un afán impetuoso, fulgurante y omnívoro.

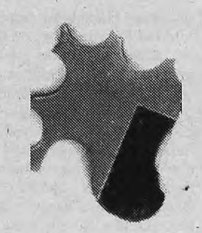
En los años '20, esos jóvenes tenían también veinte años y se sentían los protagonistas de los cambios que el nuevo siglo traía. Los integrantes de la *generación perdida*, como Gertrude Stein los denominara, creaban personajes tan vivos y dinámicos como ellos mismos, en los que sus lectores se reconocían y que a la vez influían sobre sus propios actos. También la literatura debía expresar con un lenguaje diferente y nuevos procedimientos la conciencia de estar inmersos en un mundo de aceleradas transformaciones cuyo principal espacio era la ciudad de Nueva York.

Así, en el minucioso análisis que exhiben las cartas acerca de los textos de Ernest Hemingway tiene lugar toda una teoría de la lengua literaria y una concepción sobre el modo de intersectar el arte con la vida, que se magnifica en el turbulento intercambio epistolar de Fitzgerald con su esposa Zelda. La lucidez de Scott, en especial respecto de los intentos ''artísticos'' de su esposa, desdeña el arte visto como pura excrecencia neurótica. Su laboriosa actividad se balancea entre una dorada cúspide ideal y la caída: una concepción de la letra como esfuerzo cotidiano, pagando deudas ilusoriamente contraídas y dolorosamente aceptadas.

S.C.

ANTICIPO DE UNA PRIMERA Y PROMISORIA NOVELA

El próximo 1° de agosto Alfaguara distribuirá "Preciosas cautivas", de Claudia Gilman y Graciela Montaldo. Novela epistolar —primera obra de las dos autoras— escrita a su vez por carta, se incorpora a la literatura sentimental sin hacer parodia del folletín y con mucho humor.



Preciosas cautivas

CLAUDIA GILMAN Y GRACIELA MONTALDO

Tandil, 16 de agosto
Querida Emilia:

Sabés que siempre fui lenta para todas las cosas del mundo. Por eso, recibir con tanta celeridad una respuesta, como casi todas las cosas, me apabulla. Aún no estoy segura de querer aceptar el trato porque sospecho que puede haber algún engaño y, si esto fuera así, la que primero se resentiría sería mi salud, amén de la desviación que se produciría en la nueva dirección moral que he querido imprimirle a mi vida, entre muchas otras razones. Necesito confiar en que nadie más que vos verá estas cartas en las que quiero abrir mi corazón amordazado y desahogarme un poco.

Voy a pasar por alto, como otras veces lo he hecho, tus insultos y vociferaciones hacia mi persona; ya no soy una niña para pelear y sí una mujer que tiene que ganarse el pan y organizar, cada día, su vida en el desasosiego que se vive en este pueblo. El frío que padecemos nos mina las defensas del carácter, Emilia, y ni siquiera tenemos la alegría de ver estas míseras cumbres nevadas. Hay escarcha, naturalmente; por las noches cae la helada, pero esta pretenciosa orografía no logra, ni con las inclemencias del invierno, elevarse en mi memoria hasta las cumbres paisajísticas que alcanzan nuestras llanuras. La eterna planicie amarilla y verde, en la que ni las motas de pasto se destacan de la línea del horizonte, es para mí, en este árido Tandil, un paisaje real que ha quedado oculto por los plegamientos indecorosos de la tierra; no me cabe duda de que el planeta entero es una enorme llanura, arrugada en su mayor parte, pero que tiende a alisarse. Hay noches en que ruego a las fuerzas naturales que movilicen la energía oculta de estos subsuelos para ver si caen las montañas y todo queda plano.

En esas llanuras de mi infancia, he visto el mundo a mi medida mientras me iba haciendo mujer. Estar parada, sentada, acostada, ser niña y menuda, ser joven y algo más alta nunca me impidieron (ni a mí ni a nadie) tener mi porción de cielo, tierra, pasto y más allá. En el Tandil todo ello es imposible porque, según en qué sitio te encuentres, tienes la necesidad de imaginar que las cosas, más allá, serán distintas; que lo que en este punto se te oculta, puede tener alguna recompensa visual escondida. Nada de eso, Emilia. Las llanuras son más transparentes que las zonas con fallas en el terreno; nada nos queda por esperar en aquellas. En cambio aquí, la gente vive haciéndose ilusiones de un futuro mejor, de poder progresar en la vida y otras pamplinas, simplemente por la inclinación del terreno.

Esta es mi vida hoy y lo único que me interesa es tratar de entender los vastos problemas del mundo recortado en este pequeño pueblo tan poco representativo. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos por convertirme en una mujer inteligente, reflexiva y que no deba –de aquí en más– arrepentirse día a día de lo que hizo en el anterior, el pasado vuelve una y otra vez y no sé qué hacer con él. Me dirás que no importa, incluso agregarás que está bien que así sea, ya que es la forma que tiene el sol de comportarse. Pero no, Emilia, los recuerdos me perturban.

Mario Federman



Contigo a la distancia

Dos mujeres intercambian cartas. Unidas en el pasado por los estudios en un colegio de aristocráticas pretensiones, el presente las distancia desde Tandil, provincia de Buenos Aires, donde languidece una, hasta Carmelo, Uruguay, donde la otra está internada en un psiquiátrico.

Un hombre del que ambas habían estado enamoradas les pidió que reconstruyeran la vida de una amiga de ambas, muerta, y así empezó la correspondencia sobre aquella desgraciada que les había birlado el novio. Pero el propósito que funda el intercambio termina por desaparecer bajo las interferencias: celos, envidias, afectos y desamores entre ellas; las vidas presentes con su sucesión de catástrofes imposibles, reflexiones pseudoensayísticas sobre cualquier cosa, al paso, por qué no.

Dos mujeres intercambian cartas. Unidas en el pasado por los estudios en una Facultad de Filosofía y Letras porteña, el presente las distancia desde París, Francia, donde una –Claudia Gilman– se dedica a la investigación en literatura, hasta Caracas, Venezuela, donde la otra —Graciela Montaldo— dicta clases en la universidad local.

Y en este punto dejan de parecerse las historias de las protagonistas y las autoras de *Preciosas cautivas*.

Porque el propósito que fundó el intercambio entre Gilman y Montaldo se mantuvo hasta terminar esta novela epistolar que construyeron asumiendo cada una de las autoras el rol de una de las protagonistas. *Preciosas cautivas* viajó desde y hacia Caracas, desde y hacia París, y con el favor del señor cartero se fue armando esta novela que le huye a la clasificación sencilla pero que no hará escapar a los lectores. Un texto raro –promisorio primer trabajo de ficción de ambas– por el tono emotivo y fatalista del folletín, por dar un giro sobre la literatura sentimental sin temblar ante el fantasma de Manuel Puig y sin perder la seriedad. Ni el humor.

G.E.